

EN la relación de problemas que en el primer número de esta revista se ha hecho de la ciudad de Córdoba por Conchita Cárcel, creemos que habría que jerarquizar algunos, y, sobre todo, extraer de los mismos su específica significación.

En este sentido habría que situar en primer plano algo que se presentó como muy ambicioso, que iba a abarcar toda la problemática de la ciudad, que incluso iba a ofrecer soluciones, y —lo que es más asombroso en nuestro contexto político— se proponía nada menos que implicar al pueblo en una acción colectiva. Como es sabido, tal proyecto fue encargado a primeros del presente año por el Ayuntamiento de Córdoba a un equipo técnico residente en Madrid, Iberplán, que dirige el profesor Tamames. Este equipo se trasladó a Córdoba, convivió en la ciudad durante varios meses, y el plazo de terminación del mismo suponemos debía haber acabado en los primeros días del pasado junio. Pero nada más se ha sabido.

Bien es verdad que, a priori, podían preverse las contradicciones a que el equipo de Iberplán iba a verse sometido. Si el encargo estaba realizado por el Ayuntamiento, y éste era, por tanto, «el cliente que pagaba», lo obligado era que el trabajo estuviese condicionado por esta relación de «dependencia laboral». Aparte de que, en última instancia, el «cliente que pagaba» habría siempre de quedar en «libertad de uso» para el trabajo realizado: o lo que es lo mismo, en libertad de uso no sólo para «no utilizarlo», sino para ni siquiera publicarlo. Una vez concluido el estudio quedaría en posesión de su único dueño —el Ayuntamiento—, que podría arrumbarlo en el desván de los trastos inútiles, sencillamente porque no le gustase o conviniese.

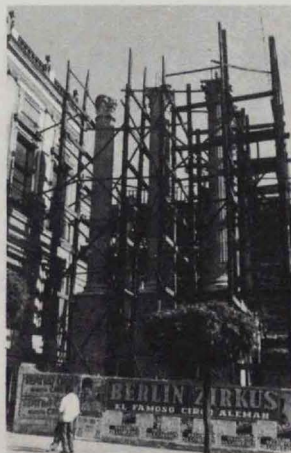
LOS INTERESES

Por otra parte, también desde el primer momento se planteaba la interrogante de saber realmente a qué intereses servía el referido estudio. A partir del hecho

IBERPLAN:

Córdoba tiene derecho a saberlo

concreto de que Ayuntamiento y ciudad —capitulares y pueblo— no son una misma y única cosa, no poseen una identificación real, sino que a veces ocurre una manifiesta contradicción de intereses entre ellos, el estudio tendría que ser en muchos aspectos conflictivo. Lo cual supone que si quisiese ser sincero, tendría que ser abiertamente crítico y poner así de manifiesto muchas incongruencias estructurales. Ahora bien, por lo que hemos dicho anteriormente, ¿estaba Iberplán en condiciones de afrontarlas?



La realidad actual es que, después de todo aquel pretencioso proyecto, después de lo que se supone terminado estudio, nada han sabido los cordobeses. Nada respecto a si se consiguió o no «identificar claramente cuáles eran los principales problemas» que aquejaban al Ayuntamiento; nada, tampoco, sobre las «principales acciones públicas que habrían de permitir un desarrollo armónico de la ciudad». Y esto, pese a las promesas que públicamente se hicieron al pueblo de Córdoba.

HAY QUE SUPONER...

¿Qué ha pasado, en definitiva? Hay que suponer que el equipo de Iberplán presentaría en el plazo previsto su encargo estudio. Aunque también habría que suponer que a los «responsables» de la ciudad «no le habrá gustado» dicho trabajo lo suficiente como para divulgarlo y someterlo a la libre opinión de los cordobeses.

De cualquier modo, lo que sí resulta evidente es la existencia de unas promesas incumplidas, no sabemos por quién. Y que el tema merece el máximo de atención por parte de todos. Pensemos —repito— que en el referido estudio se iban a determinar no sólo las causas de los males de nuestra ciudad, sino también sus posibles soluciones. Algo, pues, muy serio e importante, en lo que todos íbamos a estar comprometidos.

En definitiva, que dada la solvencia técnica del equipo que realizó el estudio, la relevante importancia de los problemas que iba a estudiar, la posibilidad de soluciones que iba a ofrecer y, en última instancia, que ello se hizo con el dinero de los contribuyentes cordobeses, creemos que no es imprudente o exorbitante reclamar que se informe públicamente a la ciudad, respecto a unos estudios que bajo tan ambiciosos propósitos se hicieron, y de los cuales nadie —salvo los propios protagonistas, autores y cliente— ha vuelto a saber nada.

José María BAENA